

APOLLO

AÑO VI

Número 58



☞ MONTEVIDEO ☞

☞ DICIEMBRE DE 1911 ☞

Bibliográficas

(Obras recomendadas por « Apolo »)

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

Mujeres, POR JACINTO OCTAVIO PICÓN.
(de la Real Academia Española).

El ilustre autor de *Dulce y Sabrosa* acaba de publicar un nuevo libro digno de su fama, que avalora el caudal de la literatura española.

Si como estilista elegante y como novelador ameno, el crédito literario de Picón ha sido siempre justamente ensalzado, su mérito más reconocido fué siempre la agudeza con que supo descubrir los más hondos misterios del alma femenina. Así como en otros escritores predomina el héroe varón, en éste predominan las almas de mujer, y á la vista están todos sus libros, que pueden servirnos de testimonio para esta afirmación. *Dulce y Sabrosa*, *La Honrada*, *El Dulce Enemigo* y *Juanita Tenorio* son ejemplos que no nos dejarán mentir. Si en todos estos libros aparece estudiado el espíritu femenino con toda la sabiduría que atesora el ilustre novelista, en ninguno como en este último se detuvo su pluma á analizar, á disecar—más bien—todos los refinamientos, todas las virtudes, todos los encantos y perversidades que se encierran en ese bello mecanismo humano que se llama «mujer».

Por las páginas de este libro maravilloso no pasan sombras, ni fantasías, ni quimeras, ni vagas visiones de un alma atormentada: pasan seres vivos, con un caliente olor de humanidad, que ríen y que lloran, que juegan, que bostezan, que odian y que aman. Pasan las mujeres, unas veces con el corazón blando por la piedad, otras veces con la mirada torva del despecho ó del rencor. Allí donde la pasión tiene una línea de elegancia ó una sonrisa de gracia, ha sido descubierta por Jacinto Octavio Picón y servida por la sal de su estilo en este libro admirable que titula *Mujeres*.

Alivio de caminantes, POR RICARDO LEÓN.

El noveísta de «*El amor de los amores*», el escritor insigne, el prodigioso estilista, acaba de publicar un nuevo libro, que seguramente producirá honda sensación entre el mundo culto amante de las letras españolas. Esta vez, Ricardo León se muestra tan admirable poeta lírico, como antes prosista y en «*Alivio de caminantes*» ofrece á los lectores el regalo de sus versos, compuestos con la sinceridad de su espíritu y rimados con toda la nobleza y la arrogancia de su inspiración poderosa.

No sólo es *Alivio de caminantes* un libro de intimidad; es también, y muy principalmente obra de combate, puesto que en muchas de sus poesías esgrime la sátira flagelando las carnes de los mercaderes que entran en el templo del arte con vilipendio de sus verdaderos sacerdotes.

El Alcázar de las Perlas, POR FRANCISCO VILLAESPEÑA.

Ninguna de las obras dramáticas estrenadas en estos últimos años, ha despertado tan grande expectación como ésta con que ha hecho sus primeras armas teatrales el insigne poeta Francisco Villaespeña.

Antes del estreno se suscitaron polémicas y discusiones que luego, ante la magnitud del éxito, se han desvanecido, reconociendo todos, con rara unanimidad, los altos méritos de la obra, sancionados por los elogios entusiastas de la crítica y por el aplauso del público.

En *El Alcázar de las Perlas*, se unen á la gran inspiración del famoso poeta, sus hasta ahora inéditas y ya formidables cualidades de autor dramático; pues no se sabe qué admirar más, si el interés de la fábula ó el ritmo de los versos inimitables con que está bordada, ó la intensa emoción de sus más culminantes escenas.

Y en el libro aún pueden apreciarse mejor que en el escenario las infinitas delicadezas, los preciosos matices



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI

Montevideo, Diciembre de 1911

N.º 58

El entierro del camarada

Para «APOLO».

El fúnebre cortejo bajaba por la gran pendiente del cementerio del Buceo, y durante unos minutos, bajo la sombra de los altos cipreses y de las hermosas araucanías, no se oyó más ruido que el rozar de los zapatos de los obreros sobre los gruesos areniscos del camino recto é interminable.

Iban allí unos veinticinco hombres, toda la cuadrilla á la que pertenecía Eufrazio, expresamente autorizada por el Administrador de la Compañía para concurrir al entierro del pobre camarada muerto. Entre esos hombres se hallaba Guizot, el anciano capataz, un hombre enérgico, muy trabajador y minucioso; Rigo, el encargado del primer grupo de calderas, y Parral, el foguista más viejo de la casa; hombre complaciente y dócil, pero cuyo grave defecto consistía en emborracharse todos los domingos, con grave perjuicio de su mujer, á quien apaleaba irremisiblemente por la noche, para luego, al otro día, esto es, todos los lunes, pasárselo de holganza, con pérdida segura del jornal.

—¡Qué suerte perra! gruñó Parral, blandiendo los puños en una ráfaga de cólera.

Guizot, el viejo capataz que presidía el duelo, tuvo una frase elogiosa para el pobre muerto:

—Murió en su puesto como un buen soldado,—dijo con gravedad.

Un nuevo silencio enmudeció al grupo. Acaso las palabras de Guizot les hacía pensar, porque todos pro-

siguieron caminando, silenciosos, vestidos con las mejores ropas reservadas para los domingos y las grandes ocasiones, llevando el sombrero respetuosamente recogido en la diestra.

La voz monótona del sacerdote napolitano que iba delante mascullaba latines; al chirriar de los areniscos bajo los burdos zapatos, repetía siempre en un frotamiento áspero y acompasado; el comfortable sol de Octubre caía en los claros, sobre los hombres, brunendo algunas cabelleras cenizas y dando lustre á algunas calvicies precoces.

—Crick—Crick—Crick... Marchaban siempre, en columna, mientras á su paso los panteones y las tumbas de mármol ó granito, con portadas y dijes de bronce, centelleaban bajo aquel cielo muy azul, cielo lleno de luminosidades estivales y de una diaphanidad serena. Y en tanto proseguían, en marcha siempre hacia el fondo del vasto cementerio, donde entre verdes acacias y paraísos, los desheredados de la suerte reciben piadosa sepultura en plena tierra, en el grupo se recordaba al pobre Eufrazio, al buen camarada sin padres ni parientes en América, y que, á causa de la rotura de una cañería de vapor, había fallecido la tarde antes en una sala del hospital.

Bruscamente, el grupo se detuvo. Entonces todos los ojos miraron con curiosidad, hacia adelante, creyendo haber llegado al sitio prefijado; pero muy pronto la estola blanca del sacerdote y el atadú negro, se destaca-

ron otra vez en un recodo del camino, doblando hacia la izquierda, para internarse por un senderillo estrecho, trazado entre hileras interminables de nuevas tumbas que surgían a flor de tierra en una vecindad fraternal.

Mas después de un breve rodeo, la cuadrilla hizo alto junto a un montículo recién removido y en cuyo borde se hallaba la sepultura. Era la fosa de poca profundidad; apenas si la necesaria para cubrir bien la caja. A su alrededor, y en filas escalonadas, otras fosas iguales se extendían, cual bocas glotonas aguardando nuevos muertos. En muchas de ellas las aguas pluviales habían formado charcas cenagosas, donde los mosquitos zumbaban en enjambres bulgadores, y las más próximas parecían haber sido rellenadas la víspera, ó tal vez breves horas antes, pues la tierra, enrojecida, aún se conservaba en terrones, como si las paladas se hubiesen sucedido con apremiante precipitación y sin tiempo para detenerse á apisonar.

—Ya nemos llegado,—había dicho Rigo haciéndose paso para llegar hasta el féretro y ver por última vez. Un corrillo apenzucado habíase formado alrededor del ataúd, un humilde ataúd de pino forrado con merino negro y que la Compañía había adquirido por su cuenta. Guizot, que también observaba, murmuró una frase:—Esto ya va á concluir, dijo.

Un movimiento de curiosidad estaba los cuellos y abría enormemente los ojos. Todos querían ver. Las tumbas contiguas, donde reposaban otros muertos, eran pisoteadas en el deseo de no perder los detalles, y ya los sepultureros habían clavado el número correlativo de la caja: era el N.º 34937; los guarismos grandes, pintados en negro, sobre fondo gris.

Un último resposno murmuró el sacerdote después de rociar la caja con agua bendita. Entonces, alrededor del humilde reretro, el silencio aun se hizo mayor: fué un silencio imponente, tétrico, que tan sólo los paranciones gorriones se permitieron interrumpir con sus alocados gorjeos. En el sopor del aire adormecido, algo chirrió ingubrenmente: fué como un quejido triste, desolado y agorero. Después el humilde ataúd comenzó á descender, descendió más, más, hasta que, durante unos segundos, aún se le pudo ver allá, en el fondo de la fosa oscura... Luego el capataz Guizot, adelantándose y persignándose con respeto, lanzó el primer puñado de tierra negra y dura... La caja sonó sordamente, hasta producir escalofríos, pero otros puñados se sucedieron, y así la caja continuó sonando, hasta que aquel golpeteo comenzó á debilitarse á medida que la tierra cubría al muerto...

—Ya no sufrirá más, dijo Guizot,

enjugando con el dorso de la callosa mano una lágrima sincera.

—Cierto, le respondió Parral; ya no sufrirá más.—Y, con amarga filosofía, añadió:—Ni tampoco ya tendrá que trabajar...

No le respondieron. Silenciosos y conmovidos por esta escena se marchaban cabizbajos por entre las tumbas y los montículos, donde tantos muertos reposaran en una vecindad bonachona y iraternal. Los gruesos zapatores pisaban nuevamente las hojarascas secas, mientras los labios iban descifrando torpemente nombres, efemérides luctuosas, frases de cariño ó de trágica desesperación, y todo entre tristes ofrendas de cruces y de coronas, algunas ya marchitas por las inclemencias del tiempo.

Una vez de nuevo en el gran camino central una bocanada de aire salitroso, venido desde la costa, les oreó los rostros, haciéndoles respirar á pulmón pleno. Ya el capataz Guizot,—que había tomado punta,—apremiaba el paso con los ojos aún enrojecidos; pero el resto de la cuadrilla se había quedado rezagada, escuchando á Parral, quien ponderaba las bellezas del paisaje en tanto distribuía cigarrillos.

—Son de los buenos, decía Parral, pasando su petaca de mano en mano. Fumaban todos. Las espirales de humo blanco salían de bocas y narices desvaneciéndose en ténues hilachas, bajo los rayos del sol, en tanto escuchaban á Parral, que indicaba perspectivas y sorpresas maravillosas. Sí, el buen muchacho, en ayunas, parecía estar encantado. Y en verdad que el cuadro era sorprendente: los arenales de la playa reverberaban á lo lejos, entre nimbos de luz ofuscadora; el río, muy azul, aletargado en una calma suprema, tenía irisaciones aceradas y bruñídecas de blanquísimo estaño; las islas de Flores eran en la lejanía como tres puntillos nivosos sobre aquel plafón muy azul; arboledas frondosas de un encanto paradisíaco diseminábanse en lontananza, semejando manchones verduzcos, mientras escalando las lomas, hasta más allá de Carrasco, los plantíos de vides y de hortalizas formaban caprichosas cuadraturas, cual gigantescas piezas de un extraño dominó.

Por suerte para todos, á esa hora una brisilla del norte soplabá hacia el río, llevándose tierra afuera las molestas exhalaciones del vecino vaciadero de residuos de la metrópoli y el hedor desagradable de los hornos de ladrillo que pululan en el paraje.

¡Ah, qué hermosa mañana! Tanta quizura, tanta fluidez en el aire y en las cosas, tanta prodigalidad de la naturaleza toda junto á la paz infinita del cementerio pareció conmovér profundamente á Parral, que,

acaso en un arranque de sentimentalismo lírico, acaso nostálgico de sus clásicos lunas de holganza, prorrumpió en una exclamación sentida:

—Aquí los muertos son felices, dijo; nadie trabaja...

Y, como ya esta frase la hubiera repetido momentos antes, el capataz Guizot se creyó en el deber de intervenir:

—No trabajan pero tampoco beben, como tú lo haces los domingos! replícale riendo.

Como vuelto de súbito a la realidad, Parral le miraba asombrado.

—Cierto; tú tienes razón: ellos tampoco se emborrachan!

E indudablemente, la frase le hacía meditar. Posiblemente se maravillaba de no habersele ocurrido tamaña verdad. Acaso la dulce visión de sus borracheras desfiló en esos instantes ante sus ojos, porque, sus pupilas cristalizadas de bebedor sempiterno se iluminaron, una placidez benévola le dulcificó el rostro abotagado, su lengua chasqueó, y su boca, carnosa y concupiscente como la de un sátiro libidinoso comenzó a sonreír con paternal bonhomía.

Como ya hubiesen llegado hasta la portada donde les aguardaban los coches, Parral se obstinó en no regresar a Montevideo sin antes beber una copa en una taberna vecina al campamento, y en la que, en perfecta paz y armonía vendíanse comestibles y brebajes, conjuntamente con urnas funerarias y otros objetos destinados al culto exclusivo de los muertos.

—Antes de irnos iremos hasta allí, hasta ese boliche. Una copa, una sola copa que yo pagaré de mil amores, repetía.

Guizot, siempre celoso de sus deberes y metódico en sus costumbres, se oponía á ello; pero Parral, muy serio, muy formal y hasta otendido, fundaba gravemente su petitorio.

—Tienes que complacerme... Cuando yo les digo que sólo se trata de una copa, es porque será así como lo he dicho. Además, —añadía en un tono henchido de enternecimiento, este es un gusto mío y que yo abonaré en recuerdo á él, ¿oyes?... á él, á Eufasio, al pobre amigo muerto que hemos dejado allá abajo...

Los sollozos le ahogaban; su voz hiposa tenía mucho de trágico y de cómico; todo su rostro húmedo por las lágrimas se estremecía en una epilepsia conmovedora, que ahondaba

hasta el ridículo las anchas arrugas que lo surcaban.

Y ante esa súplica Guizot no pudo menos de acceder. Entonces, en tropel y formando ruidoso grupo todos penetraron al bodegón, donde la caña, la ginebra y el vino seco fueron servidos de inmediato.

Con la voz trémula y sollozante, Parral levantó su copa de ginebra, llena hasta el borde.

—Bebamos por él..., por Eufasio..., por el pobre amigo que...

Como los sollozos le ahogaran, interrumpió su lúnebre brindis para apurar de un sorbo el ardiente líquido, á la vez que Rigo, Guizot y todos los demás hombres allí presentes le imitaban, sucediéndose entonces un silencio, durante el cual, en aquel extraño comercio atestado de botellas y de cascós, de urnas de latón y de hierro, el *gluc-gluc* de los bebedores pudo oírse con claridad.

—¡En marcha!—había dicho Guizot, indicando los coches; pero Parral, ya bebido el primer sorbo y puesto en tren de carrera hizo una tentativa de soborno.

—¡Nó!—exclamaba.—Otra copa; una segunda copa que yo también pagaré y luego nos marcharemos...

El viejo capataz se opuso terminantemente.—¡Basta! basta!... Hemos venido aquí para acompañar á un muerto y no á beber, repetía con firmeza.

Y estas palabras, muy razonables y muy juiciosas, parecieron convencer á todos, porque un murmullo de aprobación las acogió, á la vez que lentamente y de uno á uno comenzaron á abandonar el despacho buscando los carruajes.

Arrellenáronse en los bracks y volantes como pudieron. Ya el cortejo retornaba. A su paso los chalets, las pequeñas casitas y los barrios de obreros aseminados á lo largo del camino desfilaban á la carrera. Allá lejos, hacia donde iban, en la ciudad febril y bulliciosa, les aguardaba el taller, las rojas fauces de las hornallas siempre hambrientas de carbón, los tornos monstruosos, las calderas trepidantes, los tubos traidores donde el vapor hirviendo chirriaba y mataba. Detrás de ellos, de donde volvían y entre las bellezas de un paisaje encantador, quedaba la paz, el reposo eterno, el pobre camarada caído en la lucha diaria por el Pan y por la Vida...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Otoño

Caen las hojas secas.—El viento marchita
las últimas flores que abren los rosales.—
En las tardes grises, largas, otoñales
hay una tristeza vaga é infinita.—

Las sendas se enlodan.—La fuente recita
su postrer leyenda.—Sombras espectrales
semejan las cosas bajo los liliales.
reflejos del cielo.—La brisa musita.

Cánticos extraños.—Blanca, cual la cera
la pálida enferma mira la severa
calma del paisaje, y á la luz incierta.

grave y taciturna del ocaso triste,
la pálida enferma se finge que asiste
al último ensueño de una novia muerta . . .

Juanita FERNANDEZ MORALES.

Motivos de siempre

Resulta más difícil de lo que
se cree el saber cómo ha de
portarse un hombre para hacer-
se un medio lugar en el mundo.
Si uno aparenta talento ó ins-
trucción, se acarrea el odio de
todos los ignorantes envidiosos
porque lo toman por soberbio y
capaz de cosas grandes. Si al
contrario, se muestra humilde y
modesto, lo desprecian por inú-
til. Si ven, que es prudente y
detenido, lo toman por traidor
y vengativo. Estas considera-
ciones, pesadas con madurez y
confirmadas con tantos ejemplos
como abundan, le quitan al hom-
bre todo sentimiento de bondad,
haciéndolo el más exagerado in-
dividualista.

* *

Las extravagancias humanas
son tan antiguas como ridículas;

Buenos Aires 2/912.

por consiguiente me guardaré
muy bien de creer que haya ha-
bido siglo en que los hombres
hayan sido cuerdos. Cada era
ha tenido su locura favorita. La
nuestra es de creer que somos
lo que no seremos jamás.

* *

¿Quiénes son los filósofos?
Unos hombres rectos y amantes
de las ciencias, que quisieran
hacer á todos los hombres odiar
las necesidades que tiene la len-
gua unisona con el corazón y
otras ridiculeces semejantes.
Vuélvanse, pues, los filósofos á
sus bohardillas y dejen rodar al
hombre de modo que á fuerza
de dar vueltas, se desvanezcan
las pocas cabezas, que aun se
mantienen firmes, y se convier-
ta el mundo en un hospital de
locos, que ese es su fin.

ESTEBAN ETCHEPARE.

Galería infantil

Chita Sans, que tenemos el gusto de presentar á ustedes, y que hoy desfila por esta ligera sección, que APOLO, con general simpatía, destina á los niños, atrae verdaderamente la atención...

Los niños...! cabelleras rubias de ángeles, hermosos ojos que encierran promesas de ternura... caricias... besos...

¡Quién no ha sentido un instante la influencia de la caricia tierna y pura de la infancia...!

¿En qué estará pensando este Pierrot de medio metro de alto, con su carita angelical y sus cabellos llenos de harina?

Probablemente estará curioso por saber

qué hay dentro de la máquina fotográfica que le ha hecho abrir, tamaños, sus ojitos brillantes. No por eso se ha olvidado la coqueta de adoptar una pose interesante y de arreglarse sobre la frente los bucles de su cabellera, nada más que para que adornen mejor su preciosa carita, capaz de dar envidia á las muy rosadas y

pintadas de sus muñecas, pues es la admiración de todos, quienes le rinden cumplido homenaje á la belleza de que fué dotada por natura, y que sin duda tal como está en el retrato, con su actitud pen-

sativa; sus grandes ojos alzados, como si siguieran una risueña visión infantil; su gorrito con borlitas cubriendo su cabellera y su trajecito para rendir homenaje al Dios Momo, resulta una belleza ideal y exquisita: un angelito de Rafael, escapado de uno de sus cuadros y vestido de Pierrot...

No dudamos que nuestras amables lectoras al contemplar á este travieso Pierrot, descubrirán de be-

sos, y... es muy posible que la picarona las dejara hacer, siquiera para acreditar su seráfica actitud, que la hace todavía más bonita y atractiva.

Habría que elegir fragantes flores y rimar versos primorosos para hacer algo digno de esta hermosa galería.

ESOJ.



CHITA SANS

“El Alcázar de las Perlas”

Esta leyenda trágica, dividida en cuatro actos, puesta en verso por el gran poeta Francisco Villaespesa, antes de ser estrenada en el *Teatro de la Princesa*, lo fué en Granada, Córdoba y Málaga, obteniendo en todas partes clamoroso éxito. Cuando fué estrenada en la ciudad granadina, los periódicos de aquella capital relataron el argumento de la hermosa leyenda. ¡Cuál no sería la agradable sorpresa de Juan García Goyena al cerciorarse de que la obra escénica del renombrado vate se halla inspirada esencialmente en la leyenda de igual título, de su original, publicada en 1905!

Efectivamente, en dicho año García Goyena publicó un libro titulado *Al-lanhk-bar* (Alah es grande), uno de cuyos primeros ejemplares llegó á mis manos, con amable dedicatoria del autor, á quien hace años me une verdadera amistad. Aquí debo hacer constar que García Goyena es uno de los hombres más bondadosos que he conocido; su vasta cultura de literato corre parejas con sus dotes de exquisito poeta; su proverbial modestia quizá sea causa de que al presente no goce de envidiable fama.

El expresado libro, que fué por cierto muy celebrado por la crítica, contiene cuatro leyendas árabes, en prosa, *absolutamente* originales, «pues él inventó la acción y los personajes, así como sus caracteres y hasta sus nombres, fuera de los puramente históricos, y aun éstos hubo de amoldarlos á las circunstancias de las fábulas por él ideadas, á

las que puso por nombres *El alcázar de las perlas*, *El etiope*, *El homúnculo* y *El hebreo*, intentando reproducir en ellas toda la Granada morisca».

García Goyena, al enterarse de la coincidencia, escribió una correctísima carta á Villaespesa, tan correcta como hábil, publicada en el *Heraldo de Madrid*, en la cual, entre otras cosas, le manifestaba.

«Sirve de base á su obra el constante deseo de Alhamar, desde que subió al trono, de dotar á Granada de un maravilloso alcázar asombro de las gentes, sueño de magnificencia no realizado por no encontrar artifice que lo llevara á efecto; la existencia en la ciudad morisca de un alarife de clase humilde, Azhuna, tenido por loco porque en sus sueños de arte cree ver en los aires alcázares suntuosos por él contruidos; la aproximación del Emir y del artifice, que se comprenden y se unen para realizar la misma idea; los amores de Azhuna con Sobeya (hija de un rico comerciante granadino), que le anima en su empresa y representa para el alarife el ángel de la esperanza; la impotencia de Azhuna para dar forma al alcázar soñado y la necesidad de que recorra el mundo en artística peregrinación en busca del ideal ansiado; la decisión de Sobeya de compartir con él los peligros del viaje; la realización de éste por ambos con asentimiento de Alhamar y del padre de la joven, esposa ya del alarife; el regreso de ambos á Granada al caer de una tarde sin haber conseguido su deseo, él abatido y ella siempre esperanzada; su detención en la vega, donde, al ocultarse el Sol tras los picachos de la Sierra, formando fantásticas visiones, mira Azhuna reflejarse en el cielo los contornos del alcázar, que dibuja rápido y tembloroso; la muerte de Alhamar y Azhuna sin ver la construcción del maravilloso alcázar.

Esta es la parte esencial del argumento de su celebrada tragedia y esta misma es la de mi leyenda. ¿Qué existen diferencias entre ambas obras? ¿Qué duda cabe, siendo usted el autor de la tragedia?

Usted, huyendo de la sencillez de la leyenda, no apropiada para la escena, en derredor de estos personajes ha creado otros dignos de la corte de Alhamar y ha ideado otra acción secundaria, más plástica, por la cual Sobeya es perseguida por el poderoso y rebelde Abu-Isaac, que asesina á Azhuna, á quien roba los planos del alcázar; el que, á su vez, es asesinado por Sobeya, que recupera éstos y que toma así venganza de la muerte de su ama.

do; además, usted hace hablar á los actores en magníficos versos, en contraposición con la humilde prosa de mi leyenda; pero todo esto, que indudablemente avalora la tragedia, no es más que el marco de la acción principal reseñada, que es su fundamento y esencia, y que, como llevo dicho, fué creada, sin inspiración ajena de ninguna clase, por mi fantasía.

Siendo esto así, la cuestión á debatir no puede ser más sencilla, circunscribiéndose á estos dos extremos:

1.º El autor que de tal modo se inspira en otra obra, ¿debe pedir autorización para publicar la suya?

2.º Al publicarla, ¿debe hacer constar en los carteles y en el libro la fuente de su inspiración?

Respecto del primer extremo, mi criterio es tan amplio que entiendo que si bien por cortesía puede darse tal paso, literariamente no es imprescindible, pues las ideas deben ser de todos, y máxime de aquellos que al acogerlas las avaloran mejorándolas. Pero no puedo opinar lo mismo respecto del segundo extremo, pues los más rudimentarios principios de ética literaria exigen que se indique la procedencia de la parte fundamental de un argumento y de los personajes que en él intervienen cuando han sido tomados con los mismos caracteres y los propios nombres de otro autor».

Diez días transcurrieron desde la publicación de la carta, que en parte acabo de transcribir, durante cuyo lapso de tiempo Villaspesa dió la llamada por respuesta, en vista de cuya conducta, García Goyena, teniendo en cuenta que ambos pertenecían á la *Academia de la Poesía Española*, y toda vez que con arreglo al caso 3.º art. 2.º de sus estatutos, uno de los fines de esta corporación es el de fomentar entre sus socios el espíritu de confraternidad y solidaridad y servir de árbitro en sus diferencias, acudió al ilustre Presidente de aquella, D. Alfredo Vicenti, rogándole se sirviera adoptar las medidas pertinentes al caso.

En este punto la cuestión, Villaspesa, desde Granada, dirigió un telegrama á García Goyena, publicado en el *Heraldo de Madrid*, el cual, copiado á la letra, es del tenor siguiente:

«Nada contesté á su carta fecha 16 por parecerme prematura toda discusión mientras V. no conozca mi Alcázar de las per-

las. Cuando la obra se publique, V. reconocerá lo aventurado de sus suposiciones. En tanto no puedo prestarme á ningún género de reclamo.—Villaspesa».

En verdad que á casi todo el mundo sorprendió el desenfado y hasta la incorrección de Villaspesa, máxime tratándose del demandante, cuya digna actitud, desde el punto y hora en que entablara el pleito literario, mereció generales alabanzas.

La contestación de García Goyena fué pronta y expresiva. Se publicó en el *Heraldo de Madrid* al día siguiente de haberse dado á luz el transcrito y comentando telegrama. He aquí la respuesta de García Goyena.

«Muy señor mío: Recibo su telegrama, y como en esta clase de cuestiones no pueden seguirse dos procedimientos á la vez y yo, en vista de su silencio, ya adopté el de los Tribunales, comenzando por el literario de la Academia de la Poesía Española, para continuar después por otros si fuera preciso, no he de apartarme de este camino por su tardía contestación, que contiene frases desconsideradas que me han sorprendido mucho, pues no corresponden á los términos en que me dirige á usted, y que yo recogeré á su tiempo en forma adecuada».

Pero afortunadamente la intervención de la *Academia de la Poesía Española* tan eficaz resultó en este caso,—fué el primero en holgarme de ello—que la publicación de las siguientes epístolas, insertas en el repetido y popular diario madrileño, puso término al pleito literario seguido entre ambas partes litigantes.—He aquí dichas cartas:

Señor D. Juan García Goyena.

Madrid.

Mi querido y admirado amigo: Deseoso de acabar de una vez la discusión que involuntariamente hemos entablado, y creyendo de justicia que el público conozca su resultado, puesto que pública se hizo, confieso espontáneamente, para su satisfacción, que entré los muchos libros que consulté para escribir mi tragedia *El alcázar de las perlas* se encuentra el tomo primero de las «Joyas de la literatura universal», con el título de *Literatura árabe*, publicado por la Editorial Ibero-americana, de Barcelona, el cual contiene, entre traducciones de los más famosos poetas

del Islam, dos admirables *Leyendas árabes puestas en prosa castellana*—así dice textualmente el libro—por Juan García Goyena, y en una de estas leyendas, *El alcázar de las perlas*, de un sabor arábigo prodigioso, encontré valiosos elementos para la formación de mi tragedia.

Es natural que, de haber sabido que dicha leyenda era original de usted y no una traducción, como indican los editores de dicho libro, yo no hubiese vacilado en declararlo así, como lo hago ahora, después de nuestra cordialísima entrevista de ayer, entendiendo que el autor dramático, cuando intenta escribir un trabajo histórico, se ha aprovechado siempre de todos los elementos que puedan dar á su obra carácter y ambiente de época. Y esta misma declaración pensaba y pienso hacerla en la autocritica que se publicará al frente de la edición de mi *Alcázar de las perlas*.

En cuanto á lo que pudiera haber de personal en este asunto, una vez deshecho el error editorial que lo motivó, queda completamente desvanecido, puestos de relieve de una manera terminante su proverbial corrección y caballerosidad y mi buena fe; y felicitándole y felicitándome por ello, le envío, con un fuerte apretón de manos, el testimonio más sincero de mi admiración y amistad inquebrantables.

FRANCISCO VILLAESPESA.

Madrid, Diciembre 18, 911.

Señor D. Francisco Villaespesa.

Mi querido amigo: En vista de nuestra conferencia de ayer y de las nobles manifestaciones consignadas en su carta de hoy, ¿qué quiere usted que le diga? Que desvanecido el error que motivó nuestras diferencias, sólo me queda agradecer á usted su correctísimo proceder y corresponder á su cariñoso apretón de manos con otro cordialísimo, repitiéndome de usted, como en mi primera carta, su más entusiasta admirador y amigo.

JUAN GARCÍA GOYENA.

Madrid, Diciembre 18; 911.

* *

El insigne Villaespesa, en la autocritica de *El alcázar de las perlas*, publicada en *La Noche*, importante diario de Madrid, declara:

«El motivo inicial, la idea fundamental de mi tragedia, surgió después de la lectura de la famosa leyenda de El Lammani, proclamó poeta descendiente de los árabes sicilianos, que floreció en Túnez en el siglo XIV y que fué huésped ilustre de la corte de los nazaritas. *El legado de Alhamar* es una maravillosa leyenda, digna de ser bordada en oro en el velo negro que cubre la Kaaba.

Alhamar agoniza en medio de la vega, al salir al frente de sus huestes y acompañado de D. Enrich, aquel hermano aventurero y bravo de D. Alfonso el Sabio, á

combatir á los wálies rebeldes de Málaga, Comares y Cuadix.

En torno de su tienda se agrupan los caudillos. Su hijo primogénito solloza junto á la litera real. Alhamar, en trance de muerte, le entrega su espada de pedrería, su sello de oro y una misteriosa bolsa de cuero. El príncipe descubre en ella la silueta de un alcázar ó interroga al padre acerca de aquellos extraños trazos. Alhamar, entonces, le cuenta que una tarde, en la que cabalgaba por la vega, tuvo de pronto, entre los últimos fulgores del sol, la visión de un alcázar quimérico que resplandecía en la cumbre de la Sierra. Clavó el acicate á su potro y partió á galope; mas, á medida que avanzaba en su carrera, el alcázar se iba desvaneciendo.

¿No pudo nacer de aquí aquello de Zorilla:

«Lanzóse el fiero bruto con ímpetu violento?»

Murió el alcázar con el crepúsculo, y Alhamar tornó á la ciudad, pensativo, llenos los ojos de la mágica visión encantada. Venía la noche, cuando en una de las alquerías de la vega se oyó el ulular de la multitud y vió al populacho que apedreaba á un miserable fugitivo.

Ante la presencia del emir, huyeron las gentes. Descendió Alhamar de su cabalgadura y tendió la mano al caído.

—Sólo Alhamar es capaz de dar su mano á un leproso.

Y el miserable, diciendo esto al emir, entrególe un pergamino, en el que aparecían las siluetas de un alcázar maravilloso.

Esta leyenda de piedad y de ensueño, del divino leproso y de la más alta gloria de la casa del Nazar, dominó mi espíritu y fué el alma madre de mi tragedia.»

Pese á la declaración de nuestro gran lírico, encerrada en su autocritica, yo creo, separándome del juicio de algunos reputados críticos, que la principal fuente de inspiración en que él ha bebido para componer su hermosa tragedia, es la leyenda de García Goyena, cuya influencia es más notable, más decisiva que la que puede repararse en la maravillosa obra debida á la fantasía del huésped ilustre de la Corte de los nazaritas.

Así lo podrá deducir el discreto lector de todo cuanto imparcialmente he manifestado en el *ayuntamiento del pleito literario* habido entre Villaespesa y García Goyena.

* *

En mi concepto, el celebrado

poeta de *El mirador de Lindaraja*, aunque considerara la obra de García Goyena como una traducción, debió solicitar de éste, en virtud de lo que exigen los más rudimentarios principios de ética literaria, el competente permiso para valerse de los importantes elementos que ha utilizado en su primer trabajo escénico, toda vez que cualquier traducción es digna de respeto, máxime si se trata de la versión en castellano de una obra de la literatura árabe.

¿Cómo Villaespesa leyendo *El alcázar de las perlas* de García Goyena, pudo pasar inadvertido que esta obra era fruto de la fantasía de un escritor contemporáneo? ¿Acaso no se fijó en las llamadas á notas que aparecen al pié de algunas de las páginas de la leyenda? A veces dormitaba el buen Homero...

La conducta de Villaespesa contrasta con la de dos jóvenes literatos á quienes acaba de *conceder autorización* para hacer la parodia de su celebrada leyenda trágica. La parodia, que probablemente se titulará *La casa de las perras*, se estrenará en breve en uno de las principales teatros madrileños.

Los parodistas no desconocen los más rudimentarios principios de ética literaria...

*
* *

La bellísima obra escénica de Villaespesa ha sido uno de los más grandes éxitos teatrales de

nuestra época; noche tras noche se ha representado y, como el día del estreno, el nombre del poeta siempre ha sido insistente y calurosamente aclamado.

El asunto dramático de la obra, tan bello, pese á los que de nimio lo han calificado, aparece envuelto en la magnificencia de impecables estrofas líricas, de castizos romances, de sonetos magistrales, de kásidas y gace-las, en los cuales vibra con música deliciosa, ora la energía, ora la ternura del alma apasionada del glorioso autor de *El espejo encantado*. Los versos en que el legítimo sucesor de Zorrilla canta la misteriosa poesía de *las fuentes de Granada*, es de lo más admirable que ha producido la Musa castellana de nuestros tiempos.

La interpretación no puede resultar más afortunada: María Guerrero, á quien el poeta debe gratitud eterna, nunca ha dicho versos con tan pasmoso dominio de su arte; Díaz de Mendoza, en el papel de Azhuna, sobrio al par que delicado; los demás actores muy discretos.

Dos veces he visto la obra de Villaespesa, y, si muchas más la viere, siempre saldría profundamente emocionado al influjo de su maravilloso estro, pero nunca la influencia de tantas bellezas me perturbarían el ánimo hasta el extremo de ser injusto...

FRANCISCO DE IRACHETA.

Madrid, á 13 de Enero de 1912.

La cantiga del dolor

De « Flores de Iys »

Para APOLO.

¡Así lo quiere el destino
que tu sigas el camino
y yo mi camino siga!....
Toma en la copa mi vino....
Yo tomaré de tu lino,
y andando por el camino
cantando iré mi cantiga. —

Así lo quiso el destino
que te encontrara á la vera
florida de mi camino....
Un ruiñeñor hizo un trino
y se voló á la pradera....
.....

Hace mucho que sabía
esa suave melodia
que cantara el ruiñeñor....
Yo, decirtela queria,
y el destino se oponía.....

Se la dije al ruiñeñor
y el ruiñeñor de aquel trino
hizo un canto fino....fino...
tan fino que era de amor.....
¡Así lo quiso el destino!...

Andando por el camino
recuerda de mi cantiga....
Yo, tejeré con tu lino
la cantiga de dolor
para que nadie me diga
que no cuido de mi amor.—
Tú, sigue por el camino
hasta que llegue y te diga
alguno, que se mitiga
tu dolor con otro vino;
pero nadie en el camino
te dirá de mi cantiga...
¡Así lo quiere el destino!...
.....

1911.

EMILIO TRÍAS DU PRÉ.

Teatros

Los teatros reabren sus puertas. El calor declina, el frío avanza paulatinamente. Las gentes abandonan las playas para buscar abrigo y distracción en los espectáculos teatrales. El año se presenta con halagadoras promesas novedades en todos los campos. Para todos habrá satisfacción.

SOLIS, ofrece un agradable espectáculo. La compañía de óperas y operetas que allí funciona desde el jueves 14, compuesta por elementos en su mayoría jovencitos, ha despertado el mayor interés en nuestro público. Las obras son puestas en escena con todo lujo, mereciendo bastantes aplausos su director artístico, señor Arnaldo Billand. Figura como director de orquesta y maestro concertador el señor Enrique Giusti.

URQUIZA—Sagi Braba, el feliz barítono á quien nuestras cazueleras siempre miman, está conquistando, en compañía de su inseparable tiple se-

ñorita Vela, los mayores éxitos de boletería... Nada diremos de la labor artística de estos simpáticos cantantes, pero del resto de la compañía... Sagi sabrá porque lo trae.

18 DE JULIO—Zarzuela, género chico. Buen elemento y mejor dirección. Perdiguero ha sabido seleccionar un conjunto que pueda satisfacer á los innumerables aficionados á este género teatral.

Juanita Ramón y Mercedes Díaz, tiple ya conocidas y con muchos admiradores; Perdiguero, del cual no es necesario hablar; Grotti, buen barítono, que canta con mucho gusto, y otros elementos que escapan á nuestra memoria, son suficientes para acreditar á cualquier compañía de zarzuela. Por ello, es lógico que triunfen todas las noches... empresarios y actores.

FROM.



CARLITOS DIGHIERO

En un album...

Para APOLO.

Amor!—acorde dulcísimo arrancado de un arpa celeste por la mano de un ángel! Rayo de esplendorosa luz desprendido del trono excelso de Dios! Grandioso y sublime sentimiento, ¿quién no ha sentido tu mágica influencia? Qué corazón no ha palpitado al compás de tu rítmica armonía? ¡Todo lo bueno solo tú lo inspiras!...

El que no ha amado no ha gozado las delicias supremas de la tierra; el que no ha amado no puede comprender la inmensa felicidad, el inefable encanto, la magnitud grandiosa del sentimiento sublime que encierra esta sencilla palabra: ¡amor!

VIOLETA.

Febrero 19-1912.

Poetas uruguayos

Emotiva

Para APOLO.

Reclinando sobre mi hombro su alba frente
Aureolada por la luz de ideal ensueño,
Preguntóme mi divina, dulcemente:
«¿Cómo me amas?, ¿de qué modo?, dí, mi dueño!»
Adorable de abandono la inocente
Aguardaba mi sentir más halagüeño;
Toda el alma en las palabras y en la mente,
Con purísima intención y con empeño,
Conmovido, y en la forma más sencilla:
«Yo te amo,—la juré—con la ternura
Con que suelen prodigar al avecilla,
—Prisionera, tremulante de pavora—
Nuestras manos».—Y su boca sin mancilla
Como gracia me brindó la criatura!

Madre

Tres años hace que te fuiste
Sagrada, augusta madre mía!
Tres años hace que estoy triste,
Lo estaré tanto todavía!
El amor de mi alma se resiste
A creerte demacrada, yerta y fría.
Oh, no! tu ausencia para mí reviste
Misterioso viaje del que un día
Tornarás cariciosa é inefable,
—E imprimirás un ósculo impalpable
—Sobre mi sien, marchándote á hurtadillas.
Oh, madrecita mía tierna y santa!
De que me beses la ansiedad es tanta
Que te aguardo, durmiendo, de rodillas!

RAÚL ERÚS.

Conecordia, 1912.

Nota de Redacción

La poesía de nuestra colaboradora Violeta, que insertamos en el número anterior, debía haberse publicado con el título

de *Flores del alma* y dedicada á la señora Otilia Schultz de Galarza.

Quedan salvados el error y la omisión que involuntariamente cometimos.

Idilio

*A mi querida amiga Violeta con motivo de su
canto á «Las mariposas»*

Las lindas mariposas de la ilusión te dieron
Sus vívidos colores, sus alas de tisú
Y de las blancas flores de su jardín huyeron
Para besar las flores de tu alba juventud,

¡Y que felices fueron
Cuando saber quisieron
Como cantabas tú!

Y el ave de las selvas, dulcísima y canora
Despierta entre las hojas del verde guaviyú,
Cuando iba con sus trinos á saludar la aurora
Sintió que estremecido vibraba tu laúd,

Callóse de improviso
Porque saber quiso
Como cantabas tú!

Y tú, entre blancas nubes, cual misteriosa ondina,
Cual virgen de los cielos con túnica de luz,
Alzabas á los aires una canción divina
que trémulas dejaba las cuerdas del laúd,

Por eso, Carolina,
Soñaba el alma mía
Cuando cantabas tú!

B. C.

Perdonadme...

Para Apolo.

Señora, cuánto sufro en vuestro nombre
mi vieja soledad me causa miedo.
Si pudiera llorar... pero no puedo...
¿Es vergüenza, verdad, que lllore un hom-
[bre?

Señora, por aquel nuestro cariño
si vierais en mis noches cuánto escucho
llorar el corazón... ¡Oh llora mucho!
¿No es vergüenza, verdad, que lllore un ni-
[ño?

La vida que desprecia el llanto vano
se entrega enamorada al fuerte y sano...
¡Despreciadme, Señora, despreciadme;

si me vierais llorar en vuestro nombre!
Si fuera un niño... pero siendo un hombre
¿es vergüenza, verdad, mas... perdonadme...

JUAN TALAMONI.

A....

Epistolario

Voy a turbar nuevamente tu silencio que ya parece el sueño de los muertos.

Te quiero demasiado para no disculparte, y tan demasiado que bien podría decir de tí lo que aquel viejo — rezador y creyente — decía de una otra: «Al cielo me iba dentrandro Cuando me dijo San Pedro *Si no la olvida no entra*, Y me volví desde el cielo...»

Tanto hace que no me escribes!...

Con una paciencia heroica he resistido tu silencio (y digo heroica porque así debe llamarse cuando el cariño es grande).

Los días han pasado, se han sucedido los meses y con los meses las estaciones.

Cuando me escribiste la última vez era en el estío: los árboles estaban preñados de racimos, flores risueñas bordaban la llanura, y los pájaros preludiaban amores mirándose en los cristales de las aguas puras...

Después... oh! después vino el otoño con su séquito salvaje; los árboles perdieron sus hojas, languidecieron las flores, y los pájaros se ocultaron en el bosque á llorar su amor perdido. Luego vino el invierno frío, glacial como la indiferencia misma, y el corazón sensible y ávido de expansiones herido por la inconsecuencia.

VIOLETA.

“Extasis”

Para APOLO.

Vívida imagen de la Venus griega
En dórica columna reclinada,
Un éxtasis á mi alma que te ruega
Brinda el célico azul de tu mirada.
Dime que amante hasta tu oído llega
El eco de mi voz apasionada;
Que con mi amor tu corazón se anega,
Anfora sacra por mi fe exaltada.
Roja amapola de un ardiente estío
Tu labio selle sobre el labio mío
Nema profundo de cariño tierno,
Y, en el deleite que mi afán provoca,
Con el beso quemante de tu boca
En mí sienta encenderse fuego eterno.

Adriano M. AGUIAR.

Febrero 1912

Azules

Para APOLO.

¡Azules, pero azules como el color del sueño!
—Son las pupilas tuyas de las que soy el dueño.

Pupilas que interrogan con su mirar profundo
Y que confraternizan con el plafón del mundo.

¡Oh pupilas amadas, celestes espejismos
Oasis donde apago la sed de mis lirismos;

Aunque vosotras no me prestaréis ayuda
En esta lucha eterna en la que á veces duda

El pensamiento, y queda el corazón partido:
Tan sólo por ser vuestro dueño hubiera vivido!

(Pupilas de mirada celeste que me atraen
A donde el alma vuela cuando las carnes caen.)

Amada ¿no recuerdas cuando sentados juntos
A la vera del lago, dimos en ver los puntos

Suspensivos de una bandada de marinas
Aves, que trasmigraban junto con tus divinas

Miradas errabundas ... ¿No recuerdas —querida—
Que te dije galante, con la faz encendida:

Señora, tus pupilas —sin que esto encierre halago—
¿Son hermanas del cielo... son gemelas del lago?...

Fernando SILVA VALDÉS.

Hacia tí

Para APOLO.

Única flor de amor que he cultivado
en el jardín de mi íntima tristeza,
y el riego de mis lágrimas te he dado
en holocausto á tu gentil belleza;

¡no me abandones, no! piensa en mi vida,
tan triste como un árido desierto,
—¡qué soledad después de tu partida!—
y aun cuando vivo yo me siento muerto.

Tú eres oasis de esa triste vida,
y un eco en mi constante soledad.
Tú eres sangre que pierdo de una herida...
contigo arrastras mi vitalidad.

.....
Eras lumbre y calor al alma mía
en las noches sin luz de mis desvelos.
Eras la blanca claridad del día
que esmalta de matices á los cielos.

¡Pero has partido ya! Sólo me resta
morir de frío en medio del desierto.
—Tú eres un Sol brillante allá en su puesta—
Se han secado las flores en mi huerto.

SILVA SERRANO.

Deseos

Para APOLO.

Dormir como el teru-teru,
bajo la celba florida
donde, aun, no ha entrado el Pampero
ni la luz de algún lucero,
¿Es anhelo de otra vida?....

Dentro de débil barquilla,
seguir la mansa corriente
de algún arroyo en que brilla
la verdura de la orilla
¿Es anhelo de dementa?....

Libar de la lechiguana
la miel, que guarda entre el cardo,
luchar con la verde iguana
¿no es la vida americana?....
¿no puede anhelarla un bardo?...

Si: es la vida que he anhelado,
para amortiguar congojas,

hoy que el tiempo se ha llevado
mi infancia y un ser amado,
como el Otoño, las hojas.

Ya, que nada ha fenecido
en mi vivir de ilusiones
¿por qué no he de hallarme henchido
de deseos que han nacido
en medio de las pasiones?...

Sólo, á mi Destino ruego
que, en la lid de un cataclismo,
no apague ese tenue fuego,
aunque quede sordo y ciego,
hundido en profundo abismo.

Pedro MASCARÓ y REISSIG.

Montevideo, Diciembre de 1911

lte misa est

Para APOLO.

Mi pensamiento peca en tus encantos
con la inocencia de un amor culpable,
y mis ojos impúdicos profanan
en vertigos lascivos y cobardes:

¿el virgíneo blason de tus pudores
y la nieve impoluta de tus carnes!...

La plástica belleza de tus formas
nevada de prestigios virginales,
con la fascinación de sus hechizos
y el mórbido perfume de sus carnes,
me suprimen tan hondo, que bien creo
que un instinto de locas pubertades:

¿en la redoma de mi ser dan vida
al fauno de las viejas saturnales!..

Y te amo con la roja decadencia
de un sátiro provecto... y en los parques,
donde más se complican mis deseos,
y es más firme tu amor inexpugnable:

¿germinan por mí ser todas las fiebres
de los siete pecados capitales!..

Si tu invicta belleza es el estímulo
de mis largos insomnios contumaces;
si el vértigo sensual que me corroe
en la ilusión se atreve á profanarte:

¿cómo cambiar en un amor platónico
la ingénita lujuria de mi sangre?..

Yo soy tan inocente de mi mismo,
que mi pasión al adorar tu imagen,
aunque bien lo quisiera, no podría,
en un amor ideal transfigurarse:

¿porque rueda el ideal hecho pavesas
ante el grito supremo de la carne!..

JOSÉ M. DE ANGUITA ZEBALLOS.

de esta filigrana morisca que tanto enaltece á la literatura nacional por todos conceptos.

EDICIONES OLLENDORFF

La Muerte del Cisne, POR CARLOS REYLES.

Nada más doloroso para los espíritus sencillos, para las almas acicatas por una visión de felicidad ultraterrena, que contemplar el triunfo de lo que llaman grosero materialismo: el triunfo de la fuerza, el triunfo del oro, el señoreo eminentemente conservador y propulsivo del egoísmo. Y forzoso será confesar que los individuos, como las sociedades, como las razas, no subsisten sino á condición de una mayor resistencia frente al medio que tiende á esclavizarlos, una resistencia que no es amor, ni virtud, ni abnegación, ni desinterés, sino «voluntad de dominación», traducida en fuerza, en lucha, en triunfo, en oro, en un egoísmo esencialmente humano que se aleja de las definiciones ortodoxas de la Moral, del Bien, del Sacrificio...

Carlos Reyles, profundo observador, espíritu rejuvenecido en las fuentes de la filosofía, que ha escrutado la senda á cuyo final álzase la glorificación del progreso humano, nos da en **La Muerte del Cisne** un hermosísimo estudio de lo que pudiéramos llamar psicología social, y en su estilo claro, vibrante, rotundo y armonioso, demuéstranos cómo la fuerza es el origen único del universo, el solo sustentáculo que á través del tiempo y del espacio le sostiene, y la única razón y el único medio que para subsistir victorioso ha regido y regirá por siempre sus destinos. En el combate encarnizado de la inteligencia con la fe, el cisne espiritual agoniza, y al Dios del Sinaí las sociedades modernas substituyen el dios Millón, cien veces poderoso, el único que no crea sectas ni discusiones, el supremo impulsor que domina todos los pueblos y las conciencias todas.

Con el triunfo del Oro, los antiguos valores de justicia é injusticia, de moral é inmoral, de bueno y malo, se cambian y trastruecan, y solo es bueno, y moral y justo y equitativo lo

que triunfa, que en el solo hecho de su supremacía lleva la soberana razón de todas las cosas. ¡Ay de los débiles! es preciso gritar en presencia de este libro saturado del espíritu de Nietzsche.

La Muerte del Cisne causará honda sensación en el público hispano-americano. Es la Biblia de los tiempos modernos en que, muerto el cisne de la fe, sólo permanece cerniéndose en los aires el ave de rapiña, cruel y despiadada, pero brillante y hermosa en las manifestaciones de su fuerza. Reyles no grita servilmente ¡viva quien venza!, sino que clama desde las alturas del pensamiento filosófico *vive quien vence*, y hombres ó naciones, pueblos ó razas que no tengan fuerzas para vencer, que no dispongan del oro, que guarden en sus corazones un ideal de pobreza y de renunciamento, cadáveres son cuyas cenizas aventarán los prosélitos de la nueva fe. Para vivir, es preciso ser fuerte, ser egoísta, llevar muy despierto el instinto de dominación, y sólo así cúmplese aquella ley ineludible para los humanos: que las sociedades actuales son la suma y compendio de todas las heterodoxias anteriores—culto de la fuerza, de la riqueza, del egoísmo—como las futuras lo serán asimismo de aquellas mismas virtudes aumentadas con las nuestras.

Libro cruel para los creyentes, para los sentimentales, es un bello presente para cuantos no hayan enajenado la razón ni la inteligencia en brazos de una filosofía de debilidad, y aunque **La Muerte del Cisne** provocará polémicas ardorosas, no por eso el nombre del literato uruguayo dejará de ser considerado como el de un vigoroso filósofo y pensador y castizo prosista en cuyo espíritu la antorcha de una nueva luz resplandece con llamadas de gloria.

La Muerte del Cisne obtendrá un gran éxito en España y en América, como lo tendrá indudablemente en Francia, cuando dentro de muy poco sea publicado en francés, y se recomienda especialmente para todos aquellos pueblos de raza latina, que han vivido desde *ab initio* profesando las doctrinas de una religión exclusiva.

La Muerte del Cisne forma un elegan-

te volumen de 287 páginas, esmeradamente impreso.

(Boletín Bibliográfico).

Al margen de los Libros viejos, POR JULES LEMAITRE.

Al margen de los Libros viejos es una obra interesante, sugestiva y profunda. Es una evocación de los personajes, y más que de los personajes, del espíritu de las obras antiguas, de las que pudiéramos llamar fundamentales. Un héroe de epopeya ó de novela, un episodio cualquiera de romancero ó libro picaresco, sirve de motivo á Lemaître para darnos una visión de una época, con sus ideas, su modo de sentir, con toda su psicología especial y la plenitud de su carácter á través de costumbres y preocupaciones.

Entra por los amplios campos de la poesía de Homero y de la *Odisea* y de la *Iliada*, nos presenta á Ulises por un lado y á Elena de otra parte, pero no en su realidad viviente, sino con una especie de existencia espiritual, como expresión artística del alma de Grecia en sus tiempos heroicos y en el esplendor del genio artístico de la raza helénica. Es toda una civilización la que se sugiere más que se evoca en esas breves páginas que ha trazado Lemaître. Igual impresión nos da de la civilización romana al glosar algunos pasajes de la *Eneida* de Virgilio.

Estas glosas son un verdadero curso de historia y literatura. Todas las épocas y todas las modalidades artísticas están contenidas en **Al margen de los Libros viejos**. Todo el inmenso caudal de idealismo que entrañan los Evangelios; el viejo espíritu religioso de los primitivos pueblos asiáticos que palpita en el Ramayana; el ímpetu caballeresco de los siglos medios que impregna las canciones de gesta; el

sentido jocoso, libertino y groseramente materialista que legaran á la posteridad el italiano Boccaccio y el gallo Rabelais, componiendo las escenas lienciosas del *Decamerón* y creando la figura magnífica de Pantagruel; el desencanto profundo que se desprende de la lucha en la humana existencia entre el idealismo y la realidad, representado por Cervantes en el ingenioso hidalgo de la Mancha; el verbo satírico, á veces áspero en sus invectivas, pero siempre moralizante, con que se han combatido por talentos superiores los vicios sociales y las hipocresías humanas, como en *La Fontaine*; la rebeldía contra las injusticias, contra las desigualdades, contra las violencias tiránicas que ha caldeado almas y plumas generosas y las ha impulsado á la práctica revolucionaria, como se advierte en los discursos de Saint-Simón; la acometividad heroica del *maitre de l'heure*, que impone su talento y su valor en días de convulsiones trágicas á una sociedad conturbada profundamente y en crisis, como aconteciera con el primer Bonaparte. He ahí todos los asuntos que trata, en amena forma, la pluma de Lemaître en **Al margen de los Libros viejos**. Es la visión amplia de un historiador, la labor reconstructora de un erudito lleno de sabiduría, el estudio admirable de un crítico y, por encima de todo, la creación educadora de un moralista. Es como un resumen de los ideales que han informado las civilizaciones, de las costumbres que han dado carácter á las épocas y han ido moldeando, bajo diversas formas y en diferentes disciplinas morales, á la stirpe humana á lo largo de sus penosas y tan variadas jornadas en el curso de la historia.

ANGEL GUERRA.

La Lectura, Madrid.

EN BREVE APARECERÁ

“LA EPOPEYA DE LA VIDA”

COLECCIÓN DE POESÍAS

DE PÉREZ Y CURIS * 1 VOLUMEN LUJOSAMENTE
IMPRESO 75 centésimos -